



XXIV acto de Exaltación a Ntra. Sra. de la Encarnación

Francisco de Borja Cordero

A cargo de nuestra hermana

Isabel Serrato Martín

Interpretaciones musicales por la

Banda Municipal de la Puebla del Río

Miércoles 28 de enero de 2015 21:00 horas Parroquia de San Benito Abad



EXALTACIÓN

A

NTRA. SRA. DE LA ENCARNACION

ISABEL M. SERRATO MARTÍN

28 de enero de 2015



“La Encarnación de Dios nunca se va de nuestro lado”

- A Mamá, Papá y Fran.
- A ti.
- Al cuerpo de Diputados de Tramos de San Benito.
- A Antonio Gamito y familia.
- Siempre, a Enrique Garrido.



1.- De hija a Madre.

“Estando él todavía lejos, lo vio su padre y se le conmovieron las entrañas...”

Estando quien os habla aún lejos, muy lejos, una “Estrella” de su corona brilló, y si la vi yo, fue porque antes me vio Ella, y entonces se cumplió de nuevo la espera, fue una noche de noviembre y me “llamaste a ser tu pregonera”.

Ya sabes, Madre, que los años no perdonan.... Pues perdóname tú, que no sé si a la cita tarde llegué o sigue siendo mi hora.

Quizás quisiste oír hoy, no a la chiquilla, si no a quien contigo maduró en la Fe y aquí me tienes Madre, aquí me tienes, de mujer a mujer.

¿Qué te quiero a través de Él? Que no lo dude nadie.

¿Y quién acaso no te quiere a través de Dios?

El Dios al que engendraste, “concebida sin pecado original”, el misterio mayor de la Fe que tan sólo se resuelve en tus ojos.

No es, quizás, mi antojo, hablarte hoy de tú. Pero es que de hija a Madre no cabe más protocolo ni más cortesía que hablarte así, con confianza...

Así llego, no quiero más título que el que me da esta medalla, no quiero más méritos que el mérito que tú y solo tú este año me has querido dar.

Que tiemblo al pensar que ha llegado el momento, cierro los ojos y cambio folio en blanco, pluma en plata por atril y todo, todo, me lleva a ti. Cierro los ojos y sólo estamos las dos, es una tarde más en mi Calzada, es una tarde más en nuestra casa, y de nuevo vengo contigo a dialogar.

Vengo a darte las gracias. Gracias por agarrarme de la mano. Eternamente agradecida a la llamada, hace años, para que entrara en esta nuestra hermandad, mi instrumento de Fe, donde he crecido y creer madurado, donde creo haber desarrollado todas mis facetas como cofrade y donde sigo aprendiendo como cristiana.



Pero... créeme Madre, créeme si te digo que hoy me tiembla el alma. Desde aquella noche del undécimo mes del año que pasa, desde aquella noche, no hay noche que un escalofrío no haya recorrido mi cuerpo.

Y tengo seguro, que no es la falta de costumbre de no hablarte. Me tiembla el alma porque hoy te hablo de una manera distinta. Sí, es lógico, en voz alta, con una expresión corporal más escenificada... pero con las ganas enormes de llegar, rezar y que, a todos tus hijos, mis hermanos, abarque y abrace mi palabra.

Y llega el día, y llega la hora y llega el instante... y nada es igual y nada es distinto.

Que vengo a decirte “guapa”, “Madre buena”, que vengo a decirte “hermosa”, que vengo a decirte “bella”, “fugaz y eterna doncella”, que vengo a decirte “reina”, esperad, todo llegará y todo llega.

Antes, el corazón me pide esto, desahogarme, declararme, fue larga la espera... hoy tengo la necesidad de empezar a exaltarte así, con la voz quebrada, sin alzarla aún.

Permíteme Madre que hoy, al comenzar la exaltación que nos reúne, me conmuevas más, -ya lo dice nuestro Director Espiritual-, claro que eres quien “me mueve y me conmueve”.

Hoy, por fin, pongo fin a sentirme una extraña en tu casa, en mi casa. Hoy vengo a cumplir una nueva promesa, vengo a exprimirme, a dar todo lo que pudiese o pudiera por demostrar que te amo, María, con todas mis fuerzas. Y aquí, hallada en mi casa, con la moral levantada, sacada la “espinita” que aún me condenaba, agarrada a la misma Cruz a la que tú te agarras, con la mirada agachada, como a tu Hijo enseñaras, con la conciencia tranquila, con mi Fe formada y renovada, así vengo, así a tus plantas llego, toma la promesa que hoy dejo en tu mirada. Toma la promesa que mi mirada no aguanta, la que en breve tú resuelvas, ha llegado el momento, quizás nuestro momento, en el que juntas las dos, firmemos el pacto de amor, de una vida entera por delante, tú velando por mí, yo loca por abrazarte. Y si ya estaba unida a ti, ya nadie habrá que nos aparte. Toma mis letras Madre, que nos unan por ayer, por hoy y en adelante. Que de ti nació la idea, luego vino mi parte.

Vengo a resolver las dudas que al incrédulo asalten. Aquí llega la niña, la que criaste, la que vive enamorada del Hijo que, en tu vientre,



dije, engendraste, y como te debo tanto desde aquel rotundo sí, vengo y me desarmo.

Te regalo pues mis palabras, por fin, y vivamos en mi te quiero este rato, que te miro y no me canso. Ya no hay calma no hay sosiego, ya no aguanto; Reina del mundo entero, dueña de mi barrio, dolorosa de mi vida bajo palio, culpable de salvarlo, Madre a quien con locura amo, quien me da y me quita la razón, quien me juzga en la Tierra, quien tensa mi emoción, quien emociona la tensión, la que todo lo puede, la que está por encima del hombre, la que fue Virgen, antes, durante y después del parto, la primera en saber del amor de Dios... y por eso y por más... y por todo, es el momento de nombrarte, de aquí en adelante, sólo tu nombre, por si antes poco lo pronunciase.

Si alguien tiene dudas de quién fue la mujer, primera mujer sierva de Dios, si alguien tiene dudas de quién es la Madre del Señor, el amor más puro, que te mire, que haga como hice yo, y descubra que fuiste tú, Mi Virgen de la Encarnación.



2.- Venia.

3.- Agradecimiento a los presentadores.

Querido Diego, extensible a nuestro querido Antonio Casado.

Dice mi madre siempre, que “de cobardes nunca se ha escrito nada”. El cristiano tiene que ser valiente, tal como fue Dios-Hombre y vuestra obra del año pasado, la mezcla de la imagen y la palabra, la palabra y la imagen, fue un acto de valentía que salió a la perfección. Gracias por aquellas imágenes inéditas de nuestros titulares, gracias por habernos llevado a todos bajo su palio y por supuesto, gracias, Diego, por la presentación a esta exaltadora para nada merecedora de ella.

Hermanos, quédense con las imágenes del año pasado, reténgalas, que hoy, con el permiso de estos artistas, vengo a continuar poniéndole palabras.



4.- Todo cambia.

Quizás en esta noche deba decir que todo lo cambias tú. Algo más que importante para mí será este momento, cuando al escribir, ni una palabra me convence. El que tenga dudas, que intente serenar mi pulso. Sentarme a escribir, sentarme a escribirte, era temblar al igual que cuando nuestras miradas se cruzan. Has querido que llegue, porque sólo lo has querido tú, esta hija tuya que, sin estar agarrada a tu mano, no sabe seguir. Has querido que llegue a este atril por encima de quien no lo quiso y cambia su sinceridad, felicitándome. No esperes de mí más de lo que soy.

Llego ilusionada, eso nunca me lo arrebataron, vengo con mis amigos, con mi familia, vengo con mis hermanos, venir sola aquí sería como no venir. A un lado te tengo a ti Madre, y al otro a los que nunca me dejaron. Quiero que mi amigo Enrique, este vivo en mis palabras. Quiero que mi gente de la hermandad que ya está en el cielo me haga una señal y yo los encuentre a mi vera. ¡Cuánto me habré acordado, Madre, mientras te escribía, de Luis Arjona, “der Caña”, “del Pérez”, de Manolo Cruz, de Rafael Martín, de Pepe Alcérreca, de Alfredo Alegría... cuanto me he acordado de Manolo Ponce o de José María Rodríguez Guillén y sabes bien que no los conocí! Mi intención es que en mis palabras Tú nos encuentres a todos.

Viene hoy la joven que nunca dejará de serlo y lo primero que te traigo es a quien a más te necesita. Este es mi mensaje para los más jóvenes, esto es lo que te pido Madre para ellos, sigue guiándolos, Virgen mía, como buena Madre que eres, sigue guiando a una juventud renacida de sus cenizas con la ilusión de un buen cristiano quien siempre será joven, quien siempre se sentará cómodamente ante tu hijo con la confianza y la necesidad de encontrar a su padre en la Cruz del Padre celestial.

Te estoy pidiendo por el grupo joven, acúnalos siempre bajo tu protección, enséñalos que, por encima de actos sociales y joviales, tan necesarios, por encima de ello, la hermandad tiene que ser su instrumento de Fe, tienen que aprender que el primer titular es tu hijo inmolado en el Sacramento del altar. Pero que nunca desaparezca de ellos la ilusión por acudir a reuniones, por ser nazarenos con tubanderín, ilusión por montar y desmontar altares, por ser acólitos, ilusión por limpiar plata, que así, limpiando, empezó todo hace más de cuarenta años en esta casa.



Si te pido por los jóvenes, te pido también por los veteranos, juventud y experiencia siempre deben ir unidos de la mano. Que sepan los del hoy, valorar el esfuerzo del ayer.

En esta noche, Madre, también serás mi Palermo. Eres el palermo al que me agarro diariamente; y materialmente desde aquel 2007. Hoy vengo a encomendarte, Encarnación, a los Diputados, gracias a ellos volví sin haberme ido nunca, y volví para acariciar todos los rincones de mi casa. Protégelos cada día y sobre todo, ese día en el que su labor a veces es más que una hazaña. Y por qué no, cólmanos de paciencia. Y en este rato, aprovecho y públicamente digo, que, si alguna vez pequé abusando de un poder intrínseco, si alguna vez no usé las palabras adecuadas con el hermano, es el momento de presentarme ante ti con mi palermo y pedir perdón ante tu Hijo.

Cómo no traer en esta noche, siendo tú la Encarnación del Hijo, una defensa a la vida. Y la defensa eres tú, pequeño, la defensa a la vida es la defensa que hicieron tus padres por ti. Por eso Madre, protégelo, cuídalo, ponlo bueno, para que muy pronto corree entre nosotros.

Claro que te traigo a tu camarera, sólo tú, Virgen mía, pudiste poner la mano para salvarle la vida. Que se agarre a ti con más fuerza que nunca, al igual que cada enfermo de la hermandad, y que pronto vuelva para mimarte como sólo ella sabe.

Te traigo, al igual que el reza por nosotros a todas horas, a nuestro Director Espiritual, más director espiritual de quien os habla que nunca, y te lo traigo Madre, para que lo enamores más, y para que lo levantes, también una vez más, cuando la vida lo ha vuelto a golpear fuerte. Ya me lo dijo, “Dios nos pone la carga que tiene seguro que podremos soportar, ni más, ni menos.”

Te traigo al niño de tu eterno maniguetero, o de tu ejemplar Diputado Mayor de Gobierno, cuídalo también, ahora que nos ha dado un susto como los que nos da su padre. Su padre... a quien tanto le debo. Pepe, gracias por ser mi valedor, por confiar plenamente en mí, que tu Virgen te lo premie siempre.

Por mi familia no hay segundo que no te pida, María... que no te rece. No es que los traiga hoy es que sin ellos yo nada soy.

Traigo de mi mano, a mis amigos. Lo dije antes, a los que nunca me dejaron. Hay quien te necesita más que nunca y haces que me



despreocupe cuando al oído me has contado que en su caminar siempre los llevarás de la mano. Ayúdales, junto con el que tiene la más dulces de las miradas, a superar el sufrimiento del hoy, sabiendo que lo que les espera mañana, es la felicidad que tú nos prometes. Cuando el sufrimiento de un amigo no te duele... ni tienes, ni eres amigo.

Y haciendo público que siempre supe que no llegaría aquí, que no llegaría a ti, sin ellos, pidiendo disculpas si es un comienzo atípico, ahora sí, puedo continuar endulzando palabras que te exalten.

Compréndeme, y te pido que sólo lo hagas tú, a la vera de tu Hijo, que sin Ellos no hubiera podido enlazar una sola letra. Sin la gente de la que es mi hermandad, hoy no habría Exaltación. Pues aquí te traigo cada abrazo sincero que me dieron desde que me llamaste para estar en este ratito las dos.

Sin vosotros, venir aquí hoy sola, sin vosotros, sin mis hermanos, no tendría sentido. Y ahora que estamos todos, en adelante, solo tú, Madre, te lo prometo.

Pero hoy te exaltamos todos, de otra manera a mí no me serviría este atril. Hoy pregonaremos todos, formaremos aquí, en tu templo, todo un barrio, pasaremos entre palabras por las calles de la calzada, pero déjame que nunca estemos solas, quiero que estemos todos, amigos, conocidos, amores prescritos, amores futuros, familia, así me dictaste cómo debía ser el camino hasta el he dicho.

Y entonces, ya puedo pregonar tranquila, ahora sí vendrá tu exaltación, pero no podía empezar sin ellos, pues que mi amor quede descrito, que vengo con ellos a rezarte, con vosotros, mi familia, mis amigos y mis hermanos de San Benito.



5.- Te fuiste.

Todo el tiempo de escritura has sido mi obsesión.

Si alguna vez me sentiste lejos, hoy lo vengo a compensar. Por el contrario, cuanto más lejos estaba de ti, más cerca te sentía. Entonces, no cabía duda que hoy mi exaltación empezaría con un fragmento de la parábola del “Hijo pródigo”. “Se le conmovieron las entrañas...”

Conmovida sabes que siempre estoy cuando cruzamos nuestras miradas, y más conmovida cuando, sin cansarme de repetirlo, todo me lleva a ti. Mi Esperanza me lleva a ti. La Encarnación de Dios, tu nombre, tu más que nombre, siempre será la Esperanza del que cree.

Si quien escribe, volvió, en cuerpo te fuiste hace poco. Que distinto y triste fue el beso de cuando te ibas al hospital y que alegre el beso de tu anticipado regreso. Te marchaste en cuerpo por las necesidades del tiempo, pero en espíritu nunca te fuiste. “La Encarnación de Dios nunca se va de nuestro lado”.

Reconozco y voy a pensar casi en voz alta por todos, que me aterraba que cualquier, pero cualquier profesional de la medicina en madera, te tocara. Ningún curriculum era suficiente cuando una Madre está enferma y aún tranquilos por la experiencia de D. Juan Manuel Miñarro, dudo yo que todas las noches en tu ausencia, para mis hermanos, fueran tranquilas. Insisto, sin menospreciar la labor del profesor, que así se ha demostrado.

Alabo y aplaudo la decisión de esta Junta de Gobierno de defender una postura con firmeza. Su apuesta fue sin titubeos y querido Hermano Mayor, maravilloso resultado.

Pero Madre... te fuiste. Te fuiste y tal como el día que esto escribía dejando atrás Sevilla, te fuiste con más pena aún o tanta pena como llevaba yo y eso que lo mío era irme por cuestión de horas.

Por más que querías no lo disimulabas, te vi hasta llorar más. Sabes que eres a quien tantos hermanos se agarran. Sabes que muchos se quedan en tu madera, no alcanzan a abrazarte y a sentir tu abrazo con el alma. A todos les haces falta y no te quedaba más remedio, que irte. En el fondo era más por nuestro bien que por el tuyo, así sois las madres; sentimiento de sufrir más por un hijo que por una misma, sentimiento que



nació de ti y que estoy deseando compartir. Otros sentimientos se parecen, pero estoy segura que ninguno es igual.

Nadie te echó más de menos que nadie, todos te extrañamos por igual, pero tú sufrías por todos. Estoy segura que sufriste un poquito más por Sara, tu pequeña, la que te habla con la mirada, y a la que respondes de igual manera. Ella te buscaba y te encontraba, pero no te veía. Entonces miraba a su madre en la tierra, buscando como siempre la respuesta que sólo tienen las madres. “Ha ido al médico”, le diría su mamá, pero Sara seguía notando tu alma, el alma de la Virgen y no viendo tu imagen.

Así es tu niña Marien, así la quiere la Virgen, así se quieren las dos, cuando por conversación, ellas usan el alma. Que nadie dude que Sara buscaba y ahora busca y encuentra a la Madre que velará y cuidará de ella, eternamente.

A ti, Madre mía, nunca te faltará el cariño de Sara, y de Sara deberíamos aprender, que a veces sobran tantas palabras y más se nos tiene que revolver en el alma para que podamos cumplir el mandamiento nuevo de tu Hijo.

Pero... por más que buscáramos, te habías ido. Imagino tus días en la consulta “loquita” por volver a tu camarín. Pero te fuiste... pero te fuiste y ¡cómo volviste!

¡Volviste curada, Madre! Con la alegría de estar sana. Así es la imagen que tengo, el color de la despedida, en mi retina es muy oscuro, muy turbio, el color de la vuelta, muy claro, muy alegre.

A cuantos de nosotros [de corazón] no nos haría falta irnos a restaurarnos y volver convertidos a la alegría. Igualito fue el beso de despedida que el beso de la llegada. Y es que eres nuestra alegría, Madre, nuestra eterna alegría.

Pero... y no hay peros que valgan, VOLVISTE, y si difícil era, te encuentro aún más bella, más radiante, y no sólo hablo de madera, quizás hable de cómo te ve mi espíritu. El tiempo que estuviste fuera nos ha servido para valorarte más, para sentirte más, para hacer real querer, tener Fe, en lo que quizás con los sentidos no se ve.

De nuevo una lección, “no hace falta verla para saber que la Encarnación de Dios siempre nos guiará por la vida”. Esa es la suerte del



hermano de San Benito, tener entre sus rezos al misterio más hermoso de la Fe.

Y más Fe, cuando te rezamos, te encontrábamos y tu olor en madera estaba lejos. Tu aliento Madre, nos hace falta para vivir, tus manos, las que estaban muy cansadas por el paso de los años, han vuelto con más fuerza que nunca, con la misma fuerza con que nos sentimos abanderados de tus dogmas, podemos, contigo, con la fuerza de nuestro amor, “porque una madre nunca pesa”, podemos, sólo contigo, cargar con los cometidos de esta vida.

Ya sabes que, estando más guapa que nunca, hoy vengo a rezarte por ellos, mis hermanos, hasta por los que aún no crucé una palabra, vengo a pedirte por mis amigos, por los nazarenos que año tras año forman los tramos de esta estricta diputada, por los costaleros, por los acólitos, por el grupo joven, por los mayores, por los músicos, por la Junta de Gobierno, por sus auxiliares, por los capataces, por tus camareras, por el hermano enfermo para que vuelva como has vuelto tú, y por los sanos, por los que están en el cielo, por los que sólo se quedan en la madera, por tus críos, por tus recién nacidos, por Hugo y por Enrique, por el que te habla con la mirada. Vengo a pedirte por el que te reza de verdad y antes se ha arrodillado ante tu hijo, vengo a pedirte por el que sólo sabe de ti bajo palio, vengo a rezar por todos, porque para eso tú me has puesto en este atril, vengo a decirte Madre, que si triste fue la despedida, has vuelto Reina como siempre y como nadie, que en alma y espíritu no te fuiste, que siempre te quedaste, que estás curada, María, que habrá quien pase pero tu misión es por los siglos quedarte, que te echamos de menos y con tu vuelta nuestras penas curaste. Curada y curadora.

Que por eso me pusiste en este atril, quisiste escucharme y escucharme decir, que todos tus hijos, estando fuera o en tu camarín, sabemos rezarte Encarnación y vivir eternamente en ti.



6.- Coronación.

No, no puedo recordar el frío de aquellos días. Tampoco me alcanza la memoria para recordar la emoción que sentirían las Naves de la Catedral al verte en distinta fecha, Madre. No puedo contarte en qué parte de la Iglesia estaba aquel viernes 25 de Marzo de 1994, Función de Triduo, cuando el, por entonces Arzobispo Amigo, anunciara lo que por tantos se había soñado.

Imposible que estuviera en aquel Cabildo de Hermanos cuando Paco Baeza se levantó a pedir que se iniciaran los trámites de tu coronación. No está mi nombre como autora de un regalo por la efeméride. No vi como los costaleros te ofrecían una diadema de amor.

Como si fuera por fotos, recuerdo, tu camino bajo antiguas bombillas de Navidad. Mis oídos no presenciaron como tu marcha era adaptada a la perfección por tu agrupación.

No puedo decirte como fue el pregón del momento en el Lope de Vega, aunque de sobra sé que estuvo reinado por el sentimiento. Cada vez que piso esos jardines, parece que estuviera en todos los actos que con nuestros ilustres vecinos celebramos. No escuché las peticiones de tu gran pontifical, pero sé que las más dulces estarían en las voces de grandes amigos.

No, no puedo recordar lo que una cría de ochos años no vivió. Pero cual será mi suerte de querer vivir lo que mis hermanos me cuentan...

“Aquello fue...” es quizás la expresión más real que siempre he escuchado.

No sé cómo fue el estreno de tu marcha coronada, pero de tanto cantarla, imagino el momento del canto por vez primera. Sí que recuerdo, con la ayuda de la memoria de quien ese día me cuidaba, como un hombre de pelo y barba blanca, amigo de mi cuidadora, inauguraba tu calle. Ciertamente... era una cría que apenas recuerda tu vuelta y siempre dice que hiciste un milagro, yo no sabía por qué siendo de noche, siendo tan tarde, podía bajar a la calle... yo no sabía... ¡Ay si hubiera sabido!

No bajé a verte con la medalla, cordón plata y rojo al cuello, pero bajé, y nuestras miradas se cruzaron.



No fui al gran Festival Benéfico en Noviembre del 94.

No fui al pontifical y tengo, hoy, entradas para cada uno de sus sectores, hasta como si fuera prensa, tengo también el recuerdo de la Solemne Eucaristía con el dibujo del Cartel Anunciador del bueno de Dubé de Luque. Tengo la estampita con el himno de la coronación...

Hermanos, mejor que no se lo expliquen, tengo cosas que me regaló lo que algunos llamaron amor, hasta un cartel de reservado de los bancos de la Catedral en la fecha en la que nunca estuve...

No estuve en las conferencias, ni cuando te impusieron la réplica de la medalla de la ciudad con ese lazo que nunca debieron haber modificado y a que ti te queda mejor que a nadie.

No visité la exposición del Mercantil, aquella que ha despertado en mí saber que no es nuevo lo que otros se apuntan. No estuve en las misas de por la mañana en la Catedral de otro insigne de la Parroquia, Sánchez Barahona. No vi cómo se te llevó Madre al altar Mayor de tu templo sin ser Triduo, Besamanos o Quinario. No estuve, pero y tanto que me lo contaron. No te acompañé cuando tres distintos Obispos lo hicieron, no vi como Sor Cecilia y D. Pablo pasearon una corona de amor.

“Para hacer un homenaje a la nobleza de nuestra familia, que son nuestros mayores.” Homenaje que hoy en día no te dejan rendir Madre, metida por medio la burocracia de no sé yo qué.

No, no fui en tu procesión de regreso, tampoco edad tenía, aunque ya hubiera soñado con empezar a ser Diputada, pero la recuerdo y tanto que la recuerdo, me lo han contado desde el cirio que te acompañaba hasta uno de los ciriales que te diera luz en la ida y en la vuelta a casa

No vi como “Nena” abría ventanas, todas, y encendía luces, todas, todas las de su casa porque por ella pasaba,

¡La Virgen!

“Por la Virgen todo”, me decía veinte años después. También me recordó lo amigo que era su marido de D. Carlos y minutos antes lo había hecho el propio Cardenal Emérito, en su homilía. Nos recordó la “paliza” tan dulce, como Dulce es tu Nombre, que le dio Luis Arjona para conseguir el sueño de toda una hermandad.

No, ni estuve ni os lo vengo a contar, me pesará el no haberlo



vivido, pero me enorgullece saberlo por escucharlo de boca de mi gente y no leído en libros de historias, pero ojalá hubieran sido mis letras el retrato de aquellos momentos mágicos vividos hace ya camino de veintiún años... Ciertamente no lo viví y nada me hubiera gustado más que volverte a traer tu momento. Quisiera haber sido parte del amor del que hace poco habló nuestro Cardenal y amigo, dijo veinte años después “Mis manos pusieron la corona, pero vosotros pusisteis el amor.”

Esa es tu corona, Encarnación, el amor. El amor del que no fui parte pero que siento.

Y tal como lo siento lo escribo. A María, a ti, todo. Porque si el Señor, el que siendo hombre fue tu hijo, te premió con tu ascensión gloriosa en cuerpo y alma al cielo, aquí en la tierra, todo se vuelve poco para ti.

Si hacemos la cuenta y os he contado que ocho años tenía y veinte acabamos de celebrar de efeméride, suma la edad de esta exaltadora, camino de uno más que vuelve por un momento a los tiempos de su primera década de vida para querer ser parte de tu corona.

No lo sé porque lo viviera, lo sé porque me lo han contado y en cada historia un cuento de amor, en cada cuento una emoción y todo para acabar en ti, que una corona era poco si se trataba del amor de nuestras vidas.

¿Y si cierro los ojos y lo vuelvo a soñar, y ahora sueño que lo vivo? ¿Y si fuera, ahora sí, mi antojo, colarme y ver por esa mirilla como una noche de Diciembre se te rindió entera Sevilla?

Que aún no la he lucido, pero cierro los ojos y en el retroceso, me veo en la Catedral, vestida de mantilla.

Ya sabéis que no lo recuerdo, con lo que cada uno me contasteis, os lo cuento. Mi admiración por los que lo vivieron, por los que ya lo cuentan en el cielo y por los que han hecho vivo mi recuerdo.

Y mi recuerdo no es otro, que un beso en Diciembre, sabiendo que no habrá otra efeméride igual... que vendrán y vendrán... pero ya nada será lo mismo, pero no por haber estado ya no se está o sólo un día al año se vuelve, hay que estar contigo Madre, siempre.

Y así os he contado lo que fue para mí tu coronación, que no



estuve, y sí estuve en el amor de mi gente.

Regalo de la Iglesia al regalo más hermoso de Dios. Que me diga el Señor, si hay regalo mejor, que va toda tu hermandad a buscarlo.

Mientras, María, mientras Madre, sigue disfrutando, conmemorando, viviendo eternamente en lo soñado que así se hará imborrable lo vivido, que así vendrán las siguientes generaciones y lo aprenderán, lo guardaran en su retina como un sueño, como el sueño que fue y es desde aquel diez de Diciembre, el sueño que fue tu coronación...

*Desde aquel diez de Diciembre,
por siempre serás llamada,
Madre de la Familia Hispalense,
Encarnación Coronada.*



7.- Mis días desde que me llamaste son como ese día.

Sabes bien, Madre mía, lo bonito que es despertarse la mañana del Martes Santo. Es bonito hasta cuando los nubarrones amenazan con estropear el banquete de Fe que San Benito le prepara a Sevilla. No deja de ser bonito, sí un poco inquietante, si son tres los años que no queréis pisar la calle ni tu hijo ni tú. Cierto es que luego llegó este pasado 2014, y nos cobramos con creces esa deuda que fue una condena del tiempo. Fotos impactantes de toda Sevilla contigo. Fotos que bien valen por cuatro años.

Pero... sigo en la mañana más bonita. Sí, es cierto, ojalá todos los martes en los cultos se vieran las caras de tanta gente, pero celebremos que al menos cruzan contigo la mirada, Madre, un día, aunque sea bajo la suspicacia del capirote. Estarás siempre para el que espera a un día y para el que desespera porque el que espera un día nunca más viene.

Queriéndome salir del tópico de contar cómo es un Martes Santo, quiero hablarte del aroma de la mañana. Quizás para la tarde, luego deba tener un hueco.

La mañana... la mañana a la que a ningún presente nos cuesta amanecer. La obligación diaria es eso, obligación para superar los días, pero la obligación de verte, es la obligación más bonita jamás plagiada. Sabes de mi suerte de recorrer a penas, desde casa, unos metros de la vieja Calle Oriente y de frente, bajo palio, bajo palio que ya empieza a dar luz, bajo el aroma de las flores –bien puestas el día antes por mi querido Joaquín-, nos volvemos a encontrar, de nuevo tú y yo, de nuevo tú y yo a solas rodeadas, como digo, de tanta gente. No hay opciones de dedicar la primera mirada a alguien que no seas tú. Como eco que resuena en el alma, el comentario de tantos:

¡Qué guapa está!

¡Qué acierto de los priostes este año con el juego de la saya y el tocado!

¡Qué bien puestas las joyas por Mariano, su vestidor...”

Y, aun así, todo quedará en el eco.

Y nada... que nada me distrae, porque me estás llamando, a mí y a



todos mis hermanos, a mí y a todos mis vecinos, incluso a los que vuelven por un día porque el barrio ya más no estiraba.

Pegatinas previas en la puerta para adornar una solapa que nosotros también fomentamos la tradición Sevillana.

Perdón si digo, que, aunque ese día bien que lo haya, perdona si me salto el protocolo de tantas visitas para hacerse la foto el día grande, que, si se quedan en politiqueo y en imagen, a mí no me sirve. Quiero que valoren la labor de las hermandades, de mi hermandad en concreto, con su barrio, en caridad, en formación, en Fe, en ilusión... si lo valoran, entonces es cuando la foto me vale.

Realmente me salto el protocolo porque lo que quiero es ese camino abierto en el que al final me espera el abrazo de un tesoro. Sé que me vas a abrazar fuerte, sabes de mi abrazo diario y te convence aún más el que vengo a darte hoy... y con el abrazo, y estando ellos, que sólo es uno, frente a frente, y sin el uso del terciopelo, ya puedo dar por finiquitado mi Martes Santo aun sabiendo que nos quedan muchas horas por delante.

Y es que... y es que me quedo en tu sonrisa llorando a la vez, pues es la meta de mis días, verte sonreír. Sabes que resucita, que es por lo que realmente eres feliz, pero hoy te permites el lujo de reír, de reír por y con tantos que han venido a verte y a los que ayudas en su sufrimiento, en la cercanía o en la distancia, todo el año.

Te miro, hablamos y veo hasta que te distraes, es que hace mucho que no veías a aquel hermano y has ido a abrazarlo... Eres la anfitriona de la fiesta y nos recibes a todos con los brazos abiertos en tu casa.

Y, aun así, como hoy, solo estamos las dos.

En unas horas, a las cuatro y media, la cruz de guía marcará nuestros pasos, saldrá tu hijo rodeado de los suyos. Sonará el himno, tus marchas, pétalos y saetas... una reina mientras atardece irá buscando la campana. Tiene como destino la Catedral y un camino de vuelta,

¡cómo se pondrían los viejos del lugar y los no tan viejos si no te traemos!

Oscurecerá, caerá la noche, la luz de tus velas le podrá a todo para que todo quede en tu palio. Y más pétalos, y más saetas y "levantás" a



pulso y dedicadas, y marchas alegres y serias... y estarás de vuelta... ya estás en casa, que pronto todo ha pasado, una salve y un año de espera.

¿De espera un año? No sé cómo hay hermanos que se conforman.

Por eso, por cómo pasa de rápido, cada uno con su labor, el diputado poniendo orden, mi jefe con los horarios, los fiscales, -“Hay que andar que no llegamos”, los ciriales pegaditos a ti, que no te falte la luz... Rafa haciéndose la cofradía tres veces... y dice que este año va a llevar un Rosario... pasa todo tan rápido, disfrutamos tan poco de lo que de verdad es el motivo de nuestra salida, rezamos tan poco, que por eso me quedo delante del palio en la Mañana del Martes Santo. (Y sin embargo no vivo sin doce horas que dura la penitencia...)

Pero me quedo contigo, en la intimidad, tú agachando la mirada y mirando, yo postrada, gracias y gracias dando. Y me iré, estaré con mis hermanos en la puerta, iremos a desayunar, realmente estamos de celebración, no hay quien nos quite, como a ti, la sonrisa de nuestros labios. Y volveré a volver a ti, y entre tanto, contaré cirios, saludaré a aquel hermano, para volver de nuevo a tu abrazo. No hay quien entre y no se acomode en tu regazo. Te traerán ramos de flores, lágrimas de regalo, todo estará preparado y no quiero que llegue el momento de pasarlo.

De frente te habré “requeté”- mirado, iré a tu perfil, es cuando parece que más lloras, y no, no lo haces, lo he dicho, te veo sonreír.

Si tanto me gusta este momento del que hablo, es porque estamos todos en ti. Porque no hay ni palio, que estará recién limpiado, al cruzar el dintel, sólo estás tú.

Por eso animo al que se lo pierde y animo al que sigue soñando con que vuelva ya, la mañana más esperada del año.

Por eso vengo a verte cada día, para que haya uno que sea especial. El día en el que mi iglesia es atrio del sueño mortal. El día que vuelvo para tu llanto consolar y resulta que no lloras, y por más que mire tu cara, tu perfil, tus manos, tu corona sin su bola de marfil, por más que llegue a la trasera de tu manto, no hay lágrimas, ¿dónde están? No hay pena, hay un día que no hay llanto y es Madre mía, sin dudar, la mañana del Martes Santo.



8.- De la mañana al paseo.

No lo iba a contar. No quería caer en el tópico del que no juega en casa y recurre a lo fácil y no me he resistido. No es para mí el mejor momento ni el más importante, pero no puedo negar que es pilar de nuestra ilusión. Hablo del Martes Santo a partir de las cuatro de la tarde. Antes, quiero mencionar, que, si de un día estoy enamorada, ese es el Domingo de la Fiesta Principal de Instituto. Pública protesta de Fe que con el fin llegará.

Ahora, dejadme que en Enero cubra vuestro rostro de morado, o bien os ponga un costal o una dalmática, te planche el traje negro o te coloque el uniforme de la banda o agrupación.

Déjame, Madre, que el tiempo no pare, quizás que acelere y si temprano es tu Triduo, por ende esta exaltación, aceleremos hasta tu jornada.

Madre mía, te veo de Reina entre las reinas, igual que te vi de Madre de la jornada o tantos amigos te conocen como la novia del día.

Quizás en esta noche tenga que volver a pedir perdón. Esta vez, directamente a ti, Madre. Hoy me pesa más que nunca no haber ocupado aún, un sitio en tu cortejo, quien sabe si está herida pronto se curará. Herida o espinita como la que tiene mi amigo y en “mis lindes”, mi jefe y que ojalá con mis letras pudiera consolar. Hace poco me confesaba que eres todo para él y... ¿para quién no lo eres?

Es ahora cuando quiero llevarte, a bien entrada la tarde de la tercera jornada de la semana más santa que tiene un año; tu hijo se ha perdido entre el pueblo, y llega tu momento. El olor de la ciudad cambia porque tú te conviertes en su perfume. Le pones música celestial al camino. La balconada del cielo, como puede, aparta las caídas del palio para verte enmarcada en la Sevilla que se les fue. Es la hora de caminar contigo y que, al caminar, tu gente aprenda a hacerlo. Tú no sales a la calle, Virgen mía, a ti te llevan de paseo, de paseo del brazo, con el orgullo de saber que vas a enamorar a la tarde.

Para quien te habla, la tarde del Martes Santo, es un préstamo, permíteme si te presto y prestarte no quiero. Seré egoísta, pero ese día mucha gente te hace suya y si pudiera sólo mía, siempre serías. Pero tú, si a todos no amas, no es lo mismo y así... y así avanzas.



Algunos llegan a este atril, a este barrio y te hablan de un viejo tópico, de un viejo puente, pero prefiero en esta noche verte acariciar el cielo con el amor de tus privilegiados, tus costaleros. De ellos me contaron que saben cantar y cantantes no fueron, me contaron que no hay coro, no hay coral que entone el “Dios te salve” igual, ya lo dije, “no hay coro, no hay coral que entone el “Dios te Salve” como tu gente del costal.”

No te daré detalles del recorrido porque te lo sabes mejor que yo. A mí ese día las calles se me hacen distintas, si me saliera de tus tramos, me perdería. No será hoy cuando con rima te traiga tu itinerario. Prefiero traerte a niños, a abuelos, a mayores, a ancianos, a los viejos vecinos que formaban tu barrio, incluso a globos, a fiesta, a... -como dije antes-, “no te vayas y si te vas, Madre, que “mu” prontito vuelvas”. Sé que a ti también te gusta verte en la Catedral.

Quieres que te siga contando que avanzas, que el camino se hace corto, sabes bien que, en el momento de recogernos, hay fuerzas para volver contigo a la calle si así San Benito sigue evangelizando. Quieres que hoy deje claro que no salimos a lucirnos y nos lucimos, salimos a lucir nuestra Fe.

Y sonarán marchas que alivien tu pena y tu palio que no anda, y los privilegiados gustándose... ¿me dejáis que hoy sea una más de vosotros? Esta es mi chicotá. Que grande su capataz, que no le falte nada a ella, que remueve la hermandad, y una saya con pecherín, que María pronto va a estrenar. Y el sonido de un varal, y el maestro que anuncia marcha, otra más. La noche se te ha rendido Encarnación, el sueño de tantos está llegando a su final.

Luis Montoto de vuelta, tu casa se enfoca al divisar. Que alguien haga de la distancia, una eternidad, aún te queda mucho por consolar.

Y llegó, llegó el momento en el que somos el mismo cuerpo que siempre deberíamos ser. Tu Hijo, Madre, descansa ya en su sitio, sigue sangrando en la Cruz de su agonía para al mundo salvar, pero su paso está parado, quieto. Si lo vieron ante el malhechor, parado está igual. Y llegó, y llegó el momento en el que somos el mismo cuerpo que siempre deberíamos ser.

Los Diputados de Tramos, vamos recuperando el aliento, en realidad nos estamos “per-jurando”, “este año y se acabó... de diputado no salgo más...”, pero volveremos, claro que volveremos al Palermo.



Dicen que los que dicen de no volver, son realmente los que trabajaron...

Los nervios para los que vivimos esto más de un día al año, vuelven a estar a flor de piel. Te acercas. Si pudiéramos le diríamos a Pepe o sus hijos, “que Ella entre de frente, que no puedo aguantar más sin verla”. Y habrá nazarenos por el suelo, y sentados en el filo de la rampa, y madres con los niños- “chiquillo, vámonos ya, que se te cierran los ojos” -, y hasta que no entras Madre, el chiquillo que no se va.

No hay con quien abrazarnos cuando sólo queremos abrazarte a ti. Ya no hay música, y como música el silencio para tu entrada en casa. Y más nervios, y más frío entre tanta gente, con el “calorcito” que daba el cirio, el compañero de todo un día.

El silencio que hasta reza. Comienzas a entrar Madre, todos en ti, todos estamos esperándote, nadie se ha movido, y del que se fue, mejor no hablamos.

Y sólo veremos tu manto y se nos irá la vida para que tú no la devuelvas. Una voz para quebrar el momento, y la Virgen que está dentro. En “El Llamador” ya lo han anunciado, “...la Hermandad de San Benito, entera en su casa”. Por Dios capataz, que yo no tengo tanta suerte como tú, no te detengas, no hagas eterna ahora la “revirá”, no puedo más sin mirar a los ojos a mi Madre.

La Cofradía se ha recogido, tus hijos, entonan un Salve Madre muy especial. Estamos de nuevo en ti, estamos de nuevo contigo sin habernos separado nunca. Ciertamente, la Hermanad está por completo recogida, cuando una Madre ya está dentro de su templo.

Ya se cruzaron las miradas, como se cruzarán cuando los momentos terrestres acaben, ese momento y la recogida de la cofradía tienen que ser tan parecidos... y como caprichosa que siempre fui, si antes correr al tiempo pedí, en ese momento os pido siempre, segundos, minutos... que os detengáis, que lleva horas tras de mí, y es realmente mi aliento. Como la propia vida cuando partamos, siempre ha sido nuestro aliento para ahora vernos frente a frente, sin madera de por medio. Ahora quiero mirarte con el reloj detenido, vencido el minuterero, Martes Santo concluido, y sentirme, Encarnación, cobijada en tu seno, con mi túnica, como yo, cansada, que ese abrazo a ti, Madre, es lo más parecido que hay en la Tierra, a estar contigo en el cielo.



9.- Las exigencias.

Depende quien cuente o como cuente, son ya varios o muchos los atriles que he tenido la suerte de acariciar. Sin lugar a dudas, desde hoy, habrá un atril que marcará mi vida para siempre de un modo especial. Nunca pude imaginar como marca preparar un texto para ofrecerlo en casa.

Todos sabéis y si no, ahora me toca recordarlo, que hasta la fecha hay y habrá un atril que me apellidará para siempre. Para muchos por ser la primera mujer que a él llegó, para mí, ese atril, el atril más bonito de cuantos haya, me apellida porque el pellizco y la emoción que supone hablar desde el paraninfo de la Universidad de Sevilla con pocas cosas, tiene comparación.

Todos mis textos han supuesto para quien escribe, una puerta de Fe, un reto, una oración para compartir, y en todos, desde el primero en la vecina Hermandad de San Esteban, hasta hoy, he tenido la misma suerte. En ninguno de mis pregones o exaltaciones, he tenido presión alguna a la hora de escribir. Ni Juntas de Gobiernos ni organizadores, interrumpieron mi tranquilidad a la hora de declararme por escrito a Dios y a su Madre. Salvo... cuando mi Hermano Mayor, mi querido Pepe me llama para decirme que seré la Exaltadora de la Virgen de la Encarnación. Y la presión y el pedirme y decirme qué es lo que tengo que escribir no ha venido, digo bien, no ha venido, por parte de la Junta de Gobierno, no, la presión más bonita soportada ha venido por parte de mis hermanos y sobre todo, por parte de mi familia.

En boca de mis hermanos, lo que más he escuchado ha sido, “Ojo, que es un pregón para la Virgen”, “Es una exaltación de la Virgen”, todos matizaban sabedores de cómo quiero al Hijo de la Virgen.

“A mí me pondrás en un sitio bueno y reservado...”, “los jóvenes estarán, con lo que tú fuiste con la juventud...”, “los diputados de tramo, se harán la foto con la pregonera...”, “habla de Fernand y de la señal de identidad que le dio a la Virgen”...”y habla del barrio, de cuando estuvo escondida cuando hablar de Fe en voz alta no se podía”... y así, mis hermanos y amigos, me han llevado hasta aquí, en una nube.

A su vez, es la primera ocasión en la que mi familia influye tanto en cómo y en qué tengo que escribir. Se pueden imaginar, quien ha sido el director de orquesta. “Quiero un texto hablándole a la Virgen...”



Cuando empecé a ensayarlo con él, me decía “Esto lo borras, esto mu flojito, esto está muy bien, eso ni se te ocurra nombrarlo, habla de la saya, habla de...”, “Tú no ensayes, que verás el texto que vas a llevar”, “que se te echa la fecha encima...” Y así, sucesivamente, mi hermano Fran ha ido dirigiendo y marcando cada espacio de este texto. Luego, mi madre, quien de nuevo dio en el clavo tras el inminente nombramiento “No me preocupa mucho porque este pregón ya lo tienes escrito”, fueron sus palabras, sabias palabras, tras colgar del Hermano Mayor. Al rato vino y me exigió, “en la exaltación de la Virgen tiene que estar lo que le dijiste en el Pregón Universitario, eso fue precioso”. Si le hubiera valido, abre el ordenador y empieza a escribir ella. Y esto es una muestra más de cómo se vive la Hermandad de San Benito en mi hogar y de cómo se quiere a la Virgen.

Como a una madre, nunca se le puede desobedecer, y tras haberle dado muchas vueltas puesto que nunca he traído a un atril un texto anteriormente pronunciado, como digo tras darle muchas vueltas, complazco a mi madre y traigo un fragmento de aquel Pregón Universitario de 2009. Si he aceptado traerlo, es básicamente porque me encanta llevar por apellido haber estado en aquella Aula Magna protegida por el Dios de Los Estudiantes. El que por allí no ha pasado, me llamará o nos tacharan de pesados... de anclarnos en aquel atril, pero me quedo con saber que el orgullo perenne de haber pasado por allí, es una sensación común de todos aquellos que alguna vez fuimos, Pregoneros Universitarios.

Aquel texto fue pronunciado un 24 de Marzo de 2009, tercer día de triduo a mi Virgen de la Encarnación. Como era imposible estar aquí en su culto, quise llevar el tercer día del mismo a la Universidad. Por un momento, por un fragmento de aquel pregón, mi Virgen de la Encarnación, presidió en la Universidad su Triduo. Fue mi manera de no ponerme falta a su culto, y resulta que fue la parte preferida de mi madre. Ya lo dije en aquella ocasión “que carita sonriendo sin haber parado de llorar...”, así te vi y así te veré siempre, sonriendo, sin haber parado de llorar. Hubo Triduo en la Universidad. Y como hoy la palabra más repetida es la de Madre, os traigo, de una manera más suave, el Dios te Salve que escribí a quien, por una vez, dejó San Benito, el tercer día de su máspreciado culto, para acompañarme cuando uno de mis sueños se hacía realidad, vuestra Virgen, mi Virgen, a la que hoy exalto, fue testigo del momento que para siempre protagonizará mis días, así sonó el Dios te Salve:



“Dios te salve, María, llena eres de Gracia plena, la Sangre del Señor es contigo y bendita tú eres, entre todas las mujeres, bendita tú para Sevilla y bendito, siempre, es el fruto de tu vientre, Jesús”.

¡Paloma que estás en Triduo, ojos verdes de mi amor, presidiendo el paraninfo, consuelo del estudiante, presa de mi corazón al amarte, santo reflejo del amor, dulzura del mundo entero, madre del HIJO DE DIOS, y no puedo, esperar más para nombrarte, ¡Santa Madre de Dios, Encarnación!



10. El final de un sueño.

Con la misma sensación con la que el Domingo de la Función Principal encauzo el pasillo de la Iglesia que me lleva a renovar mi compromiso con mi hermandad, afronto, ahora, el fin de mis letras. Os recuerdo que antes dije que no hay día en la Hermandad que me enamore más que ese domingo, equiparado ya a este miércoles en el que cumplí algo más que un sueño. No sé si habré estado a la altura del que me esperaba... pero diré aquello de... “Y era alto, como altos eran mis sueños. Y ahora no hay alto, ni hay sueños.” Alto era mi compromiso con mis hermanos. Altos eran mis sueños y ya no hay sueños, todo se ha hecho realidad. Firmará tu exaltación tu enamorada, la que si pudiera se rendía y no se rinde no vaya a ser que, por tener 28 años, me tenga que tragar las palabras y la consecuencia no sea nada dulce. En realidad, no me rindo porque aún no me lo has pedido. Ya no hay hojas para volver, quizás ya no me queda nada por escribir y vuelvo a pensar en ti y renacen las letras. No busqué la rima fácil y la tuve, no busqué lo fácil y lo tengo, no te busqué, no pronuncié tu nombre y estabas, porque sin duda, estarás siempre. Cumplí, sólo hubo hueco para tu Madre y me has dicho que te he hecho feliz. Por eso era alto mi compromiso, porque en el fondo y en el no fondo, mi compromiso sólo eres tú. “Si tú no estás en mi vida es mi vida la que ya no vale la pena”.

Y para el final, más María, más Madre, no lo iba a estropear...

Vengo con el fin a saltarme aquello que llevo cumpliendo desde que escribo para rezar en público. No cumpliré acabar mi texto con mi Esperanza, o sí, porque realmente y más en adelante, mi Esperanza siempre estará en la Encarnación del Hijo de Dios.

“Siempre esperando... “Así empezaba Fray Carlos Amigo Vallejo la homilía del XX Aniversario de tu coronación.

El momento de partir de este atril es inminente, y sigo... “siempre esperando”, esperando si pudiera a quedarme aquí, como la luna aquella noche de Diciembre, a tu vera siempre, pero no es mi intención abarcar más de lo que fue mío.

Como si la luz se hubiera apagado, no veo a nadie y os tengo, no veo a nadie porque sólo te tengo a ti. Ya se consumó el sueño, como se consume el amor, como las estrellas bailan con la ciudad cuando los tunos se rinden a tu Inmaculada Concepción, ya se consumó el sueño



como el de los beduinos de los Magos de Oriente, “Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la Tierra”, se consumó el sueño que irá conmigo siempre, cómo va el agua al río Betis, como las palmas a un Domingo de Ramos, como un beso en el talón al Dios que la Ciudad hace suyo, como las esmeraldas a tu pecho cuando ya sabes cómo te llamo, como la Sentencia a un pergamino, o como la Muerte, la Buena Muerte de tu Hijo a tu propia Angustia; como el Rosario a la Cruz de Arriba y ellos a mi amistad, como el Rocío a mis mañanas, como el Pilar cristiano al que me sujeto, como el Valle de Venas por el que mi vida transcurre. Ya se consumó mi sueño como el nombre que aún no puedo pronunciar porque duele y sabes que está. Ya se consumó el sueño de hablarte Encarnación, desde lo más profundo de mi alma. Y más allá de mis sueños sólo tú, la elegida de Dios, el primer sagrario de la historia, más allá de mis sueños sólo tú. Tómalos, retómalos, por si los sueños pierdo luego.

Que suene una marcha de fondo, muy suave, muy tranquila, que apenas notemos las dos, que me tengo que ir. Y aunque aquí me quisieras, a tu casa seguía viniendo una hermana más, con muchos besos en mis mejillas de felicitación y todos en tus manos depositados. Vienen hoy con mis palabras las lágrimas de cuántos se emocionaron al saber que me habías llamado para que intimáramos aún más. Vienen hoy conmigo hasta los que nunca aquí me quisieron, perdonadme si hace falta, pero solo vine a decirle lo que la quiero. Viene hoy la emoción de un regalo que también compartimos. Viene hoy la niña que con su mejor amiga compartió hasta los primeros ratos de hermandad. Viene hoy la diputada que también ha visto el fin de una de sus etapas, vengo hoy expectante ante lo que será de mí mañana, viene hoy esta diputada con nuevas y forzosas ilusiones pero que siempre sabrá comportarse y ser sobre todo de su hermandad. Sé cuándo será el momento de mi partida definitiva y lejos no está. Viene hoy la amiga con el perdón en sus labios, es el tesoro del cristiano, el perdón. El mero hecho de imaginar que no estuvieras a mi lado, desmerecía el esfuerzo de la escritura. He venido muy entera, muy arropada, muy segura, y aunque arropada sigo, deshecha me marchó. Ha sido el te quiero más largo que jamás escribí. Por delante, tu triduo, tu Función, tus martes, el quinario a tu hijo, la exposición de este año, el reparto, los traslados... una cuaresma cercana que en mi casa se vive todo el año. Esta es mi casa, con qué rotundidad puedo afirmarlo. Estaré, como nunca he dejado de estar, siempre una hermana más, que un día, tuvo la suerte de hablarte por y con los demás.

Soy quien también hubiera aprendido a nadar si de rescatarte se



tratase, soy la que te hubiera escondido en mi casa, gustosamente, si los que no entendían de respeto te hubieran perseguido más, soy todo lo que tú me pidas que hubiera sido y hoy sea. No se interpuso el hombre cuando me llamaste a ser tu pregonera, por eso siempre lo que tú quieras seré.

Soy a la que ya no le queda más, recojan mi sueño, por si quieren devolvérmelo; y recoge, tú, Madre, mi vida, la que traje en mi texto. Y cuídame siempre, como lo cuidas a él, como lo devolviste a la vida aquel día cuando era más que fiesta en tu hermandad. Cuídalo, seguramente, tras tu hijo, el que más me ha enseñado a quererte.

Toma mi fin, toma mis letras, toma y cuida a mis amigos, no supe mejor regalo traerte. Y en este pausado ocaso, y en este romántico momento, el resumen a mis comas, a mis acentos, vuelve a ser un te quiero. El te quiero que te debo y toda la noche te he dado,

Vuelvo a recurrir, como en el principio ahora también en el fin, a Lucas, el Evangelista amigo gracias a la formación en nuestra hermandad.

“Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es Hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido”.

Y como en el Evangelio, Virgen mía, tú me salvaste, recuperaste mi ilusión, creí de nuevo cuando el hombre te hace no creer, fuiste la salvación de mi casa. Y, por tanto,

siempre, aún con este texto de por medio, viviré en deuda contigo;

“Fuiste de mi casa la salvación, y sin una palabra más que añadir, cuídame siempre María, Esperanza, Reina de esta casa, Madre de la Encarnación, Madre del hombre en el que creo; Madre del Hijo de Dios”

He dicho.